

# La iniciación intelectual de Fernando Ortiz

*María del Rosario Díaz*

En 1999 se cumplieron treinta años de la muerte de Fernando Ortiz (1881-1969), científico cubano cuya labor investigativa de más de medio siglo le permitiera a Juan Marinello describirlo justamente con estas palabras: «(...) La integración de la nación cubana y su larga dependencia colonial situarán en los investigadores más leales el deber de traer a la luz, como testimonios concluyentes, aspectos esenciales de nuestra naturaleza y de nuestra humanidad. Todo científico digno de tal nombre ha tenido que ser un descubridor de Cuba, en la línea de Humboldt. Y si Fernando Ortiz se entró por la arqueología indocubana, por nuestra habla mechada de huellas africanas, si revaloró a Las Casas, a Humboldt y a Saco, sin penetró en el ser y la razón de nuestra población negra, si marcó las bases de un régimen penal cubano, si advirtió costados esenciales de nuestro proceso económico, si ahondó en las raíces del folklore, el teatro y la música isleños, si apresó lo cubano en la perspectiva universal y en el detalle denunciador, si cumplió toda esa tarea ciclópea, tenemos derecho a creer que los que se muevan mañana en el ámbito de su papelería, le otorgarán la alta y difícil calificación: Don Fernando Ortiz, otro descubridor de Cuba»<sup>1</sup>.

Una parte del archivo personal del sabio se atesora en la Biblioteca Nacional José Martí, y la otra en el Instituto de Literatura y Lingüística Dr. José A. Portuondo en La Habana, Cuba. Es un verdadero complejo de documentos depositarios de cinco décadas de intenso laboreo intelectual, y constituye el reflejo de sus investigaciones plasmadas en obras y artículos que fueron publicados, en proyectos de libros inéditos que se conservan en diferentes fases de elaboración y en otros muchos testimonios fundamentales para el estudio de las ciencias sociales en Cuba y en otros ámbitos.

Fernando Ortiz Fernández nació en la habanera calle de San Rafael el 16 de julio de 1881, dentro del matrimonio formado por Rosendo Ortiz, próspero ferretero español oriundo de la región de Santander, y Josefa Fernández de Garay, cubana, hija a su vez de padres españoles.

<sup>1</sup> Marinello, Juan, «Don Fernando Ortiz, notas sobre nuestro tercer descubridor», *Bohemia (La Habana)* 61:16 (abr. 18, 1969) 52-57.

El 8 de septiembre de 1882 zarpó del puerto de La Habana el vapor *San Agustín*, en que viajaban doña Josefa Fernández de Garay y su pequeño hijo de catorce meses de nacido con destino final a la isla de Menorca. Iba doña Josefa a reiniciar su vida junto a una prima materna<sup>2</sup> y al esposo de ésta, Lorenzo Cabrisas, próspero comerciante y hombre de inquietudes intelectuales, además de educar allí a su hijito.

En Ciudadela de Menorca el hijo de doña Josefa, Fernando Ortiz, aprendería a hablar en español y en lemosín –dialecto de la isla derivado del catalán con claras influencias de otras de la zona mediterránea, que imprimió en su habla un acento inconfundible durante toda su vida– y a querer a su lejana Cuba como quiso a la isla balear, todo ello dentro de la atmósfera tan propicia al desarrollo cultural en que se desenvolvía su pariente Lorenzo Cabrisas, convertido ya por entonces en el primer alcalde no aristócrata de la ciudad, en la «casa habanera» familiar de exótica arquitectura colonial cubana, enclavada en la Plaza del Born donde en la actualidad se levanta el edificio de Correos, tuvo posibilidades de conocer el niño Ortiz a los amigos de su tío: Joan Benejam, figura importante de la pedagogía y la cultura menorquinas, el escritor Andrés Ruiz y Pablo, además del archiduque Luis Salvador de Austria. Tanto Benejam como Cabrisas, que compartían proyectos educativos y culturales comunes, fueron colaboradores en el acopio de datos sobre costumbres e historia isleñas del archiduque, quien por entonces había renunciado a sus derechos al trono imperial y se había retirado a vivir a Mallorca, donde escribió un libro sobre las islas titulado *Die Balearen* (1891)<sup>3</sup>. Dentro del archivo personal de Fernando Ortiz, aparece lo que considero sea uno de los primeros testimonios de su obra: una libreta escolar, que contiene un glosario de apodos escrito en lemosín titulado *Culecció d' els mal noms de Ciutadella*, con dibujos debidos a su mano y firmado por él, aunque lamentablemente no lo fechó (Carpeta núm. 8 - Apodos II).

Aunque aún existen pocos datos colectados sobre la vida que llevó el niño en Ciutadella, sí se puede resumir que Fernando Ortiz se educó con su familia materna, enriquecida con las actividades mercantiles y el establecimiento de la industria del calzado en la isla; asimismo culta y con pensamiento abierto a las nuevas ideas científicas que se abrían paso en la península y poco a poco en la atmósfera menorquina, cerrada y oscurantista.

<sup>2</sup> Dato ofrecido por María Fernanda Ortiz Herrera. Doña Rosario González, esposa de Cabrisas, era prima de la abuela materna de Ortiz.

<sup>3</sup> Habsburgo, Luis Salvador de, archiduque de Austria, *Die Balearen* (1891). Dato ofrecido por el Dr. Jaume Bover, director en 1994 de la Biblioteca Española del Instituto Cervantes en Tánger, Marruecos.

Joan Benejam, su maestro en la escuela primaria, fue un destacado pedagogo creador de novedosos métodos educativos, de los cuales el alumno fue un evidente resultado.

Con sólo catorce años publica Ortiz en 1895 su primer libro, fruto de observaciones en torno a la literatura costumbrista y al folclore menorquín, *Principi i Prostes*. En aquella época, también había publicado Andrés Ruiz y Pablo un texto sobre el tema: *Per fer gana: caldereta d'articles...*<sup>4</sup>, de tal forma que si Ruiz y Pablo, de quien Ortiz hablaría con admiración, preparó en el banquete de costumbres insulares el plato principal, el novel escritor puso los entrantes (*principi*) y los postres.

En el verano de 1895 arribó Fernando a La Habana recién graduado de segunda enseñanza y se matriculó en la carrera de derecho por la modalidad libre en la universidad. Ha llegado a su país en plena guerra de independencia contra el colonialismo español, y el adolescente, que sólo conocía su tierra natal por los relatos de su madre, asiste como espectador al desarrollo de los terribles episodios de la contienda que lo marcaron profundamente e influyeron en su trayectoria vital posterior. Cuando la guerra finaliza, en 1898, regresa a España a concluir sus estudios universitarios, primero en Barcelona, después en Madrid, el «cubano liberal» Fernando Ortiz, quien pudo dejar su huella como periodista bisoño en la isla con su participación en la fundación del periódico estudiantil *El Eco de la Cátedra*.

Así, Ortiz tropezó en el Museo de Ultramar en Madrid a inicios de siglo y por primera vez, con los atributos de una «terrible» y misteriosa secta negra cubana: los ñañigos o abakuás originarios del Calabar (territorio situado entre las actuales Nigeria y Camerún), que había horrorizado a la «buena sociedad» de la centuria anterior. Leyó además diferentes obras publicadas sobre los ñañigos, pues sus compañeros de estudios le habían solicitado impartir una conferencia a propósito del tema. Los libros fueron, entre otros, *Los criminales en Cuba*, de Trujillo Monagas, donde el autor, un antiguo inspector de la policía en la Isla relataba también toda la campaña contra la sociedad secreta abakuá librada por el Gobernador Civil de La Habana —nacido, dicho sea de paso, en el poblado de Regla y que había sido acusado de iniciarse como ñañigo para conocer sus secretos— entre los años setenta y ochenta de ese siglo; el folleto con una famosa conferencia pronunciada por esas fechas por el médico y criminalista Rafael Salillas, quien se interesó en el tema ñañigo después de haber presenciado una cere-

<sup>4</sup> Salord i Comella, Carlos, «Ortiz, un gran ciutadellenc desconocido», Menorca, sábado 18 de abril de 1998, p. 5, «Angel Ruiz y Fernando Ortiz», La Veu, 8 de mayo de 1998, p. 26.

monia de esta sociedad en una visita efectuada a la Fortaleza de Achió en Ceuta, lugar de destierro de muchos cubanos durante la etapa colonial; y finalmente, el libro de Constancio Bernaldo de Quirós y José María Llanes *La mala vida en Madrid*, redactado a la medida de otro famoso de la época, *La mala vida en Roma*. Su condición de cubano, unida al hecho de sentirse aficionado a los temas criminológicos, hizo que el joven se adentrara seriamente en la investigación «de lo que era, en realidad, un interesantísimo fenómeno etno-sociológico del trasplante de una sociedad secreta africana a América, pero forzado por sus tempranas inclinaciones a las ciencias penales, acrecentadas por sus estudios universitarios, sólo quiso analizarlo desde el aspecto disciplinario de la criminología»<sup>5</sup>.

Su interés fue en realidad, como he dicho, más allá de los propósitos de una conferencia que impartió, al parecer, con muchos elementos pintorescos y más bien dramáticos. (...) «en realidad –nos dice Ortiz de ella– yo nada sabía de los ñañigos, y desde entonces me propuse estudiarlos y escribir un libro que titularía *La mala vida en La Habana*, incluyendo el ñañiguismo como uno de los capítulos más llamativos»<sup>6</sup>.

Concluidos sus estudios con una tesis de grado que hizo época (*Bases para un estudio sobre la llamada reparación civil*), inspirada en las teorías positivistas de Ferri y Garófalo, volvió a Cuba «con lo ñañigo en la cabeza».

De regreso a La Habana en 1902, mientras volvía a examinarse en la universidad en las asignaturas de derecho, con el objeto de recibir el título de doctor que no había obtenido en España por motivos económicos, comprendió que sus propósitos indagatorios resultaban desbordados por la real situación social encontrada allí. No era simple la tarea que debía emprender: «La Habana –como diría casi cuarenta años después– tenía problemas peculiares en su mala vida derivados de su singular historia y de la conglomeración cultural de blancos, negros, amarillos, en su subsuelo»<sup>7</sup>. Por ello se asoció a dos jóvenes amigos que colaborarían con él en el proyecto investigativo: Miguel de Carrión, quien años después sería conocido fundamentalmente como autor de las novelas *Las Honradas* y *Las Impuras*, estudiaría la esfera de la prostitución y el periodista Mario Muñoz Bustamante, el fenómeno de la mendicidad.

Dentro del archivo personal de don Fernando se conservan las carpetas que él mismo tituló con el epígrafe *Mala Vida*; en ellas se encuentran

<sup>5</sup> Barreal, Isaac, prólogo a la edición de Los Negros Brujos, *La Habana: Editorial de Ciencias Sociales*, 1995, p. XIII.

<sup>6</sup> Ortiz, Fernando, «Brujos o santeros», *Estudios Afrocubanos (La Habana)*, vol. 3, nº 3-4, 1939.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

atesorados varios bloques de información sobre el tema, pero es uno de ellos, el denominado «Datos para la criminología cubana» el que resume este proyecto investigativo lamentablemente trunco por diversas razones. Allí aparecen notas acopiadas sobre los ñañigos en las secciones sobre el presidio de La Habana, y sobre los negros criminales, con bibliografía incluida. Las fuentes documentales cubanas consultadas por el joven criminalista fueron numerosas, entre ellas el *Diccionario provincial de voces cubanas*, de Esteban Pichardo, Cecilia Valdés, de Cirilo Villaverde; la sección de *El Curioso Americano* «La Criminalidad en Cuba» (1899), atribuida a Manuel Pérez Beato, según comenta el propio Ortiz; y también del escritor costumbrista Luis Victoriano Betancourt sus artículos «Los Ñañigos», «El Día de Reyes» y «Un velorio en Jesús María».

Apenas iniciadas las primeras indagaciones, comprendió Ortiz que todo lo referente al problema negro en Cuba era impreciso y complicado: «(...) el libro de *La mala vida en La Habana*, con su muy atractivo título y su contenido curiosísimo, está todavía por escribir. Apenas inicié el estudio de los ñañigos comprendí que había que separarlos de los brujos, como entonces comúnmente se decía...

Confusos andaban unos y otros, y aún andan revueltos ambos términos, aunque son expresivos de muy diferentes cosas. Y por eso seguí recogiendo datos para mi estudio de los ñañigos (ya van cuarenta años de faena) y me dediqué a concretar mis primeros hallazgos sobre los brujos»<sup>8</sup>.

Uno de los participantes del frustrado proyecto de investigación, el después novelista Miguel de Carrión, publicó en la revista *Azul y Rojo* lo que considero sea la primera valoración sobre el joven científico y sobre su obra futura: «(...) el doctor Ortiz dará a la prensa el valioso estudio sobre el ñañiguismo en Cuba, en que ahora se ocupa sin descanso. Ningún trabajo más arduo que el de coleccionar los datos necesarios para este libro, durante el cual le hemos seguido paso a paso. El investigador tropezaba día a día con la eterna dificultad que hace en nuestro país infructuoso el esfuerzo de los hombres de ciencia: nada existía hecho con anterioridad, era preciso crearlo todo, ordenando los pocos datos incompletos y aislados que llegaban a su noticia (...). Los materiales, no obstante, se reunieron, las notas, los datos estadísticos, las fotografías, los documentos de toda especie amontonándose uno después de otro, formando el esqueleto indispensable de una obra de ese empeño, y el día quince de este mes, cuando el infatigable perseguidor de la verdad se embarque con rumbo a Europa (...) dará a la moderna ciencia antropológica un libro nuevo, sin precedentes, que será leído y comentado, de fijo, por las autoridades más prominentes del mundo (...).

<sup>8</sup> *Ob. Cit.*, p. 85.

Permítame (...) que le augure, para no remoto porvenir, un éxito completo a sus incansables afanes. A larga vista, el mundo es solamente de los que tienen lo que el doctor Fernando Ortiz Fernández posee con creces»<sup>9</sup>.

En el año de su regreso, 1902, había comenzado a publicar trabajos en distintas revistas; sin embargo, su primer artículo cubano conocido hasta ahora, escrito para la revista habanera *Cuba Libre*, fue el titulado «Vulgarizaciones criminológicas», con fecha 21 de septiembre<sup>10</sup>. En diciembre, el día 5 según consta en su papelería personal (Carpeta nº 92-*Chinos*), inició el acopio de información escrita y supongo que oral, extraída también de sus expediciones a los barrios bajos de la ciudad, para escribir además un trabajo sobre «la mala vida de los chinos en Cuba» que no pasó de ser otro proyecto<sup>11</sup>. Igualmente, dentro de la poca correspondencia que se conserva en su archivo, aparecen las cartas dirigidas a él por su amigo, consejero y futuro suegro, el publicista y promotor cultural Raimundo Cabrera, dándole cuenta de las gestiones oficiales realizadas con el ex coronel mambí Aurelio Hevia, entonces Secretario de Estado, para obtener un destino en la carrera consular que finalmente obtiene (Carpeta nº 86 - *Correspondencia*), marchando a La Coruña, Génova, Marsella y París, donde será secretario de legación. En Génova beberá directamente de las fuentes del positivismo, estudiará criminología y será amigo de Enrico Ferri y de Cesare Lombroso, quien leerá las cuartillas del libro que había iniciado Ortiz en Cuba. *Los Negros Brujos* será publicado en 1906 en Madrid con una carta-prólogo de Lombroso. Fernando Ortiz entrará por la puerta grande de la ciencia antropológica con esta obra, aunque todavía faltarían innumerables horas de estudio e investigación de las particularidades etno-histórico-culturales de su tierra, para que sus concepciones iniciales fueran evolucionando y escribiera obras del calibre de *Los Negros Esclavos*, *Glosario de Afronegrismos*, *Proyecto de Código Criminal Cubano* o *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*.

<sup>9</sup> Carrión, Miguel de, «El doctor Ortiz Fernández», *Azul y Rojo (La Habana)* 2:54 (jun. 1903), 2-3, cfr. Díaz, María del Rosario, «Fernando Ortiz, periodista» *Albur (La Habana)* 4:12 (may. 1992), 20-23.

<sup>10</sup> Ortiz, Fernando, «Vulgarizaciones criminológicas», *Cuba Libre, (La Habana)* 4:31 (sept. 2, 1902), 7. Agradezco este dato al doctor Isaac Barreal, etnólogo y estudioso de la obra de Fernando Ortiz, ya fallecido, quien generosamente lo facilitó para que viera la luz en mi trabajo arriba citado, aún antes de que apareciera en su excelente prólogo a la última edición de *Los Negros Brujos* (1995).

<sup>11</sup> Díaz, María del Rosario, «Fernando Ortiz y los chinos en Cuba», intervención en la mesa redonda ofrecida durante la conmemoración del 150 aniversario de la presencia china en Cuba, *Fundación Fernando Ortiz*, septiembre de 1997.